

¡Cuántas horas de insomnio! ¡de vigilia!
Nadie mi ardor auxilia,
pues solo yo mi espíritu restauro
repeliendo la zarpa del martirio,
y veo en mi delirio
¡ah! muy distante, pero al fin.....mi lauro.

Con mucho del temor y la zozobra
yo repaso mi obra,
llorando como niño descontento
al saber en las páginas del arte
que la muerte reparte
las coronas que premian el talento.

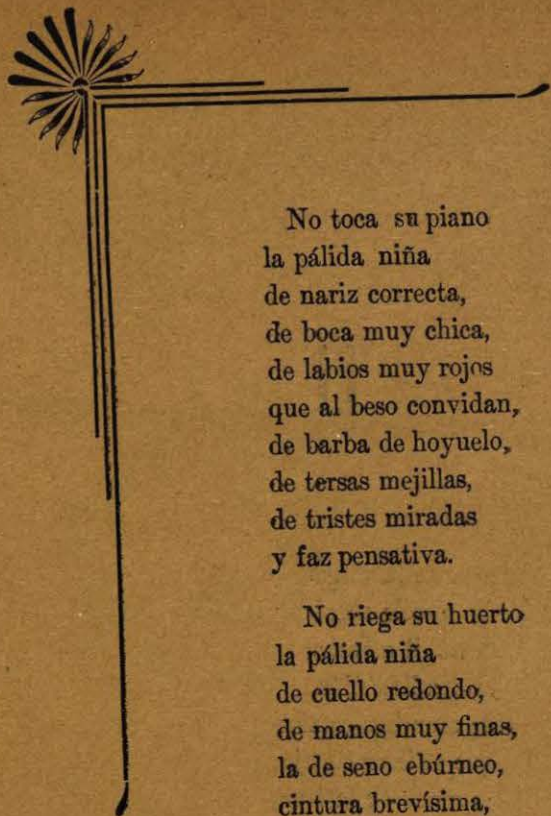
Pero con esa fe grande y secreta
del soñador poeta,
digo, dándole ser á lo soñado:
ya tengo la corona refulgente
para ceñir la frente
casta y divina del objeto amado.



LI.

n tanto la virgen
¡cuán sola suspira!
la núbil morena,
la cándida niña
de crenchas oscuras
que al ir en sortijas
cayendo en la frente
de curva divina,
encubren el dorso
con largas espiras.

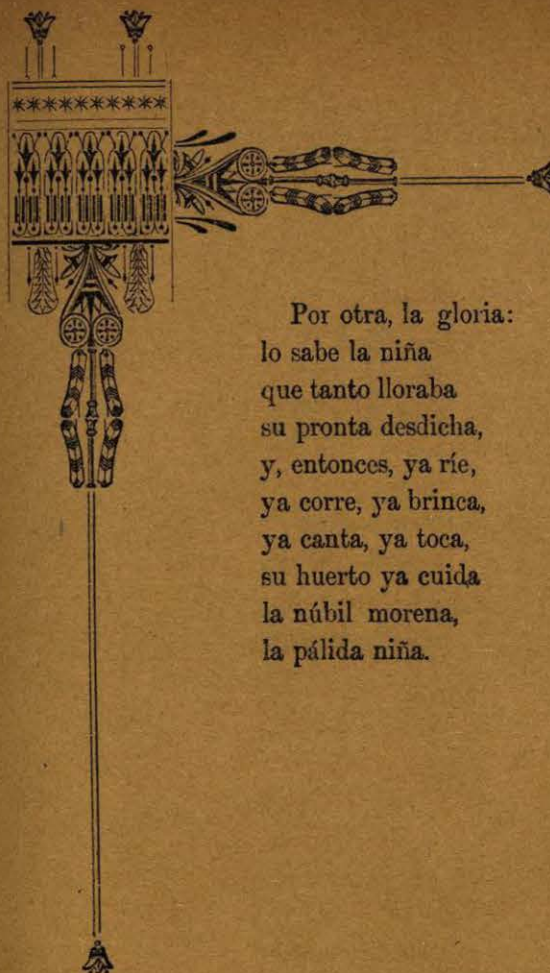
No canta como antes
cantaba la niña
de rostro correcto,
de breves ternillas,
de cejas tiradas
en arco de línea,
de negras pestañas
muy largas y rizas,
la de ojos rasgados
y negras pupilas.



No toca su piano
la pálida niña
de nariz correcta,
de boca muy chica,
de labios muy rojos
que al beso convidan,
de barba de hoyuelo,
de tersas mejillas,
de tristes miradas
y faz pensativa.

No riega su huerto
la pálida niña
de cuello redondo,
de manos muy finas,
la de seno ebúrneo,
cintura brevísima,
de piés pequeñitos
y talla divina,
flexible, garbosa,
lijera, de ninfa.

No canta, no toca,
su huerto no cuida
la núbil morena,
la pálida niña,
creyendo que ingrato
su dueño la olvida.
¡Oh tú, filigrana
de carne virgínea,
perdona si el bardo
por otra te olvida!



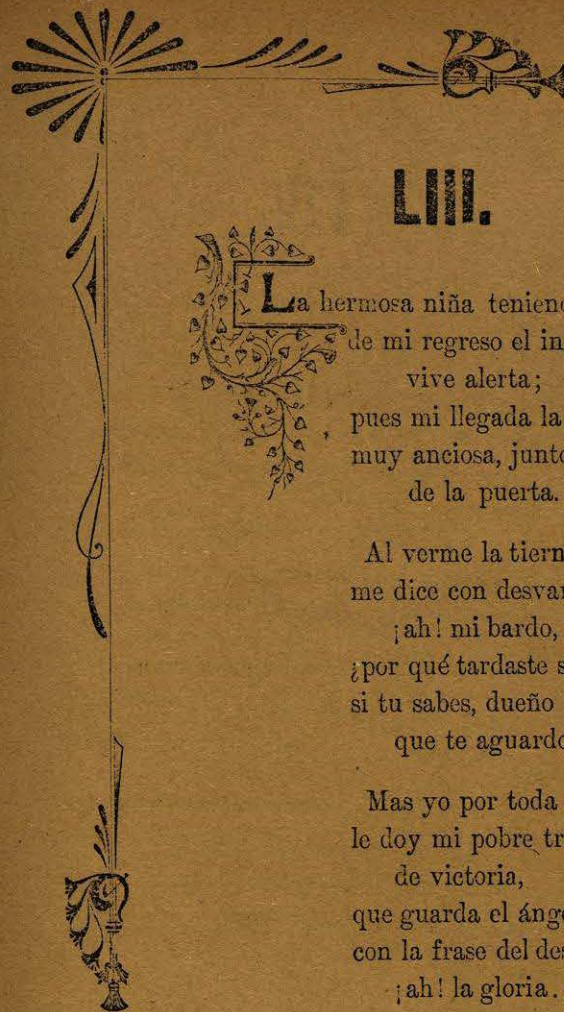
Por otra, la gloria:
lo sabe la niña
que tanto lloraba
su pronta desdicha,
y, entonces, ya ríe,
ya corre, ya brinca,
ya canta, ya toca,
su huerto ya cuida
la núbil morena,
la pálida niña.





LIII.

Ma dejo mi tugurio,
voy tan ufano;
pues mi alma, toda mi alma
llevo en la mano:
mis cantos manuscritos.
¡Ah! los papeles
envuelven lo sublime
de los laureles;
pero en mil ocasiones
han contenido,
por prólogo, la befa,
luego.....el olvido.
Otras veces, escrita
llevan ¡oh suerte!
con el jugo del alma
la propia muerte.



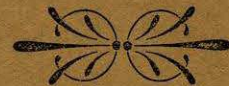
LIII.

La hermosa niña teniendo
de mi regreso el indicio,
vive alerta;
pues mi llegada la pone
muy ansiosa, junto al quicio
de la puerta.

Al verme la tierna virgen
me dice con desvarío:
¡ah! mi bardo,
¿por qué tardaste si sabes....
si tu sabes, dueño mío,
que te aguardo....?

Mas yo por toda respuesta
le doy mi pobre trofeo
de victoria,
que guarda el ángel, clamando
con la frase del deseo:
¡ah! la gloria....

Pero tiembla, pues comprende
que ya el arte ó ya la ciencia
en tal suerte,
dan en papel gloria y vida
ó en papel dan la sentencia
de la muerte.






LIV.

Penetrarnos los dos al aposento
de la virgen tan buena como pura,
con zozobra, temor y abatimiento.

A recitar la virgen se apresura;
dominar su emoción pronto consigue
y comienza la trágica lectura.

Se detiene, medita; pero sigue
hoja tras hoja, su fervor es mucho;
yo lucho con mi afán . . . ella prosigue;

pero lucha lo mismo que yo lucho . . .
pasan renglones, mil, unos tras otros . . .
sigue leyendo y sigue . . . yo la escucho:
al terminar . . . Dios habla por nosotros.



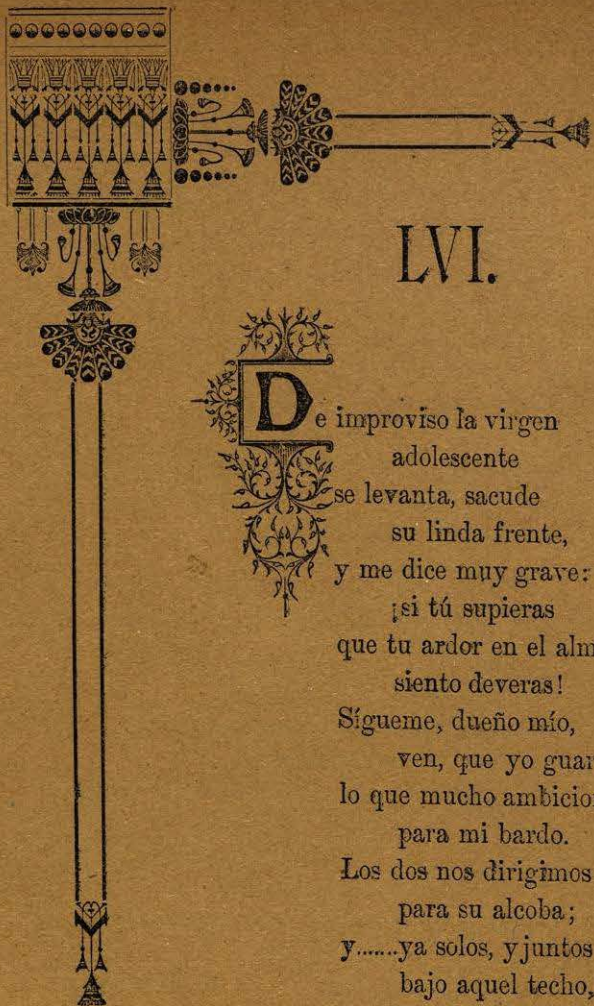
LV.

Después del tiempo cuando el alma estuvo
junta con Dios y á solas
pasando en sucesión días y días
que le parecen horas,
pues el alma en el éter infinito
compenetra y se arroba,
la niña sin cesar algo medita
y mucho reflexiona
buscando lo que temple del espíritu
la sed abrasadora.

—¿Qué tienes?—le pregunto—¿Dime, niña,
en qué mares te ahogas . . . ?
Ella responde—¿Qué! ¿no lo adivinas?
en el mar de la gloria.

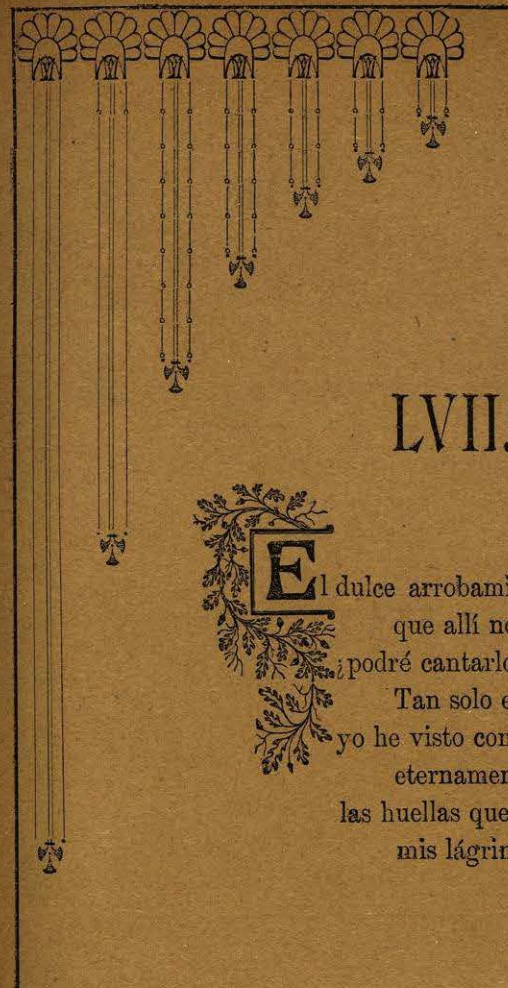
Yo también siento en mi alma los vahidos
de la inmortal congoja
que al éter de los mundos invisibles
en alma nos transporta;
yo siento entre mi sér algo de aquella
divinidad morbosa . . .
fuego, zig-zag y luz . . . en las miradas
de pupilas absortas:
es el contagio de las almas . . . oye,
tu fiebre me devora.

Yo, juntando sus labios con mis labios,
le digo: tóma, tóma . . .
un beso y . . . otro, más . . . pero qué acíbar
he probado en su boca!
Ella comprende lo que pienso y dice:
en mis labios rebosa
lo amargo de las aguas que bebimos
en el mar de la gloria.



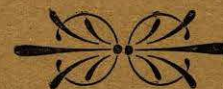
LVI.

De improviso la virgen
adolescente
se levanta, sacude
su linda frente,
y me dice muy grave:
¡si tú supieras
que tu ardor en el alma
siento deveras!
Sígueme, dueño mío,
ven, que yo guardo
lo que mucho ambiciono
para mi bardo.
Los dos nos dirigimos
para su alcoba;
y.....ya solos, y juntos
bajo aquel techo,
me dice: bardo mío,
toma lo hecho.....
Me ofrece una corona
de florecillas
silvestres y tan blancas
como sencillas;
y me besa y balbuce
viendo mi palma:
tu lauro.....aquí lo tienes,
alma de mi alma.



LVII.

El dulce arrobamiento
que allí nos emociona,
¿podré cantarlo....? Nunca!
Tan solo en mi corona
yo he visto como surcos
eternamente impresos,
las huellas que dejaron
mis lágrimas y besos.

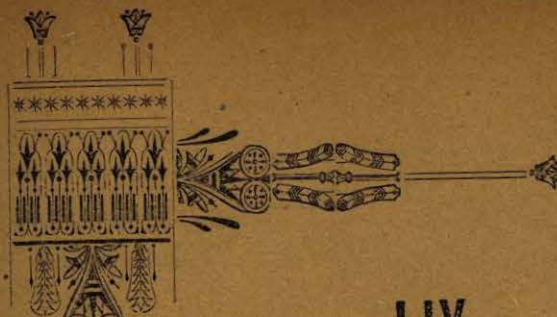




LVIII.



a niña está muy triste.....hora tras hora
 suspirando en silencio . . .
 inquieta, melancólica, de lágrimas
 están sus ojos llenos.
 El origen del mal que la tortura
 no lo sé.....no comprendo.....
 pues un dolor oculto, muy oculto,
 no es fácil comprenderlo.
 —¿Qué tienes ángel mío? ¿Por qué sufres?
 Padesces.....?—Yo profiero.
 ¡Ay! ¿en qué fiebre sin cesar te abrasas?
 ¿En la ustrión de qué incendio,
 en qué hoguera de sol, alma de mi alma,
 se quema tu cerebro.....?
 Ella responde—Qué! ¿no lo adivinas?
 de la gloria en el fuego.
 Y juntando sus labios con mis labios
 le doy beso tras beso.....
 mas, después, al sentir que de la virgen
 los labios son de hielo,
 voy á gritar por el dolor que rompe
 fibra por fibra el pecho.....
 Ella que lo adivina pone rápida
 en mis labios un dedo,
 y me dice al instante: si mis labios
 están ahora gélidos,
 es porque irradia su calor pristino
 de la gloria en el fuego.



LIX.

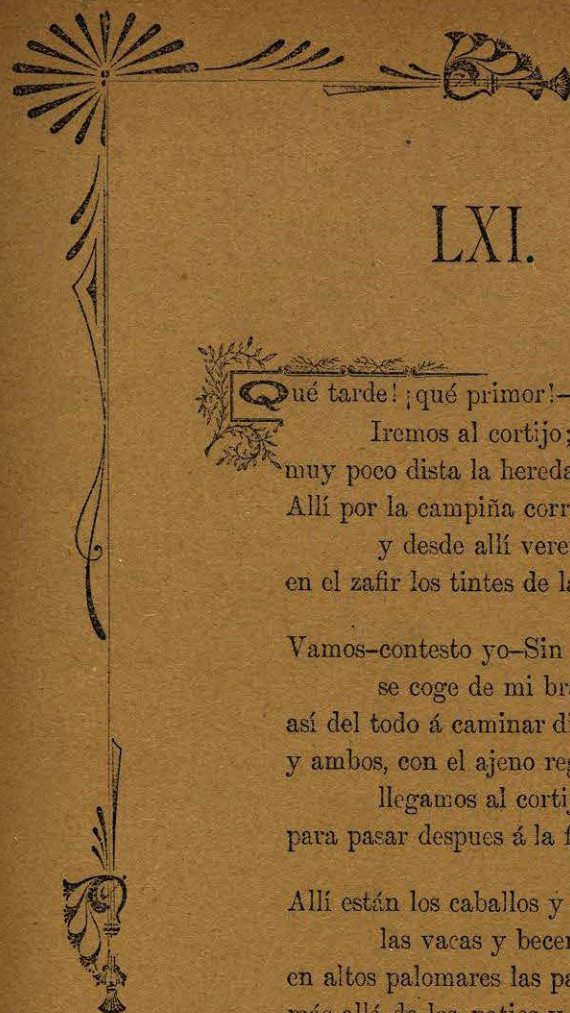
a estoy en mi tugurio
 triste, sombrío;
 aun palpita en mis labios
 el beso frío.
 ¿Dónde se oculta el móvil
 que así origina
 el hielo de un contacto
 que me asesina.....?
 Yo no sé.....busco.....busco;
 pero no hallo
 el por qué de mis dudas
 y sufro y callo;
 mas . . . romper con la gloria
 por fin decido,
 si es ella la que roba
 mi bien querido;
 pues ¡ay! de nada sirve
 la mejor palma,
 si en cambio de la gloria
 damos el alma!





LX.

La tempestad indescriptible, airada,
parece que diluvia;
pero poco después de la tronada
su luz proyecta el sol entre la lluvia;
y brilla entre las ráfagas de oro
del cielo ante la grana y el topacio
iris multicoloro
cual un arco de triunfo en el espacio.



LXI.

Qué tarde! ; qué primor!—La niña dijo—
Iremos al cortijo;
muy poco dista la heredad urbana.
Allí por la campiña correremos
y desde allí veremos
en el zafir los tintes de la grana.

Vamos—contesto yo—Sin embarazo
se coge de mi brazo,
así del todo á caminar dispuesta;
y ambos, con el ajeno regocijo,
llegamos al cortijo
para pasar despues á la floresta.

Allí están los caballos y los perros,
las vacas y becerros,
en altos palomares las palomas;
más allá de los patios y galeras
la mies en sementeras
y más allá los llanos y las lomas.

Ambos huyendo de la turba extraña
que allí nos acompaña,
de todos y de todo separados,
al dejar los agrestes andadores,
corriendo entre las flores
destrozamos las flores y sembrados.

En el cielo el crepúsculo dilata
su crespón escarlata.
Todos hemos llegado á la campiña;
pero allí, cuando el grupo se reparte:
—quedémonos aparte—
yo le digo con júbilo á mi niña.

¡Qué delirios inspira la floresta!
De amor ¡cuánta protesta!
¡Qué reclamationes tan dulces y tan suaves!
Pero si alguien nos mira, indiferentes
oímos á las gentes
ó libamos la miel de los agaves.

Y después, en las hojas de las plantas
¡oh cuántas veces, cuántas
de sus propias espinas con las puntas
nuestros nombres gravamos, y gravamos
las frases que pensamos
para que allí permanecieran juntas!

Al hogar poco á poco nos volvimos.
Con dulce placer vimos
del valle la risueña perspectiva;
pero, la virgen, mientras más andaba,
más y más caminaba
inquieta, suspirando y pensativa.

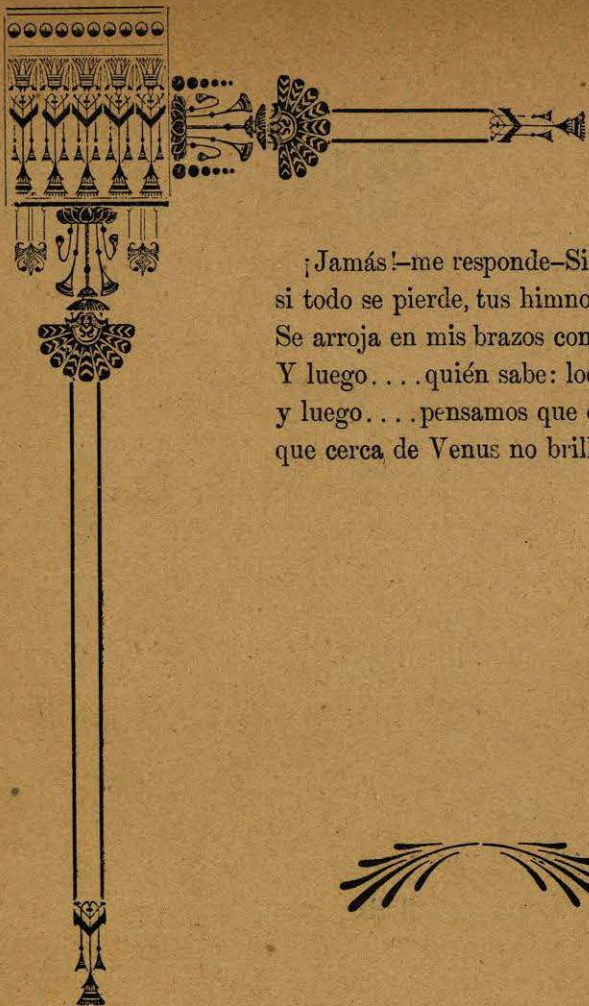
LXII.

El pueblo volvimos, la luz era escasa;
ya cerca miramos la calle, la casa,
ya cerca la torre del templo mayor;
y al ver que del cielo se borra la grana,
del toque nocturno que alzó la campana
oímos el grave pausado rumor.

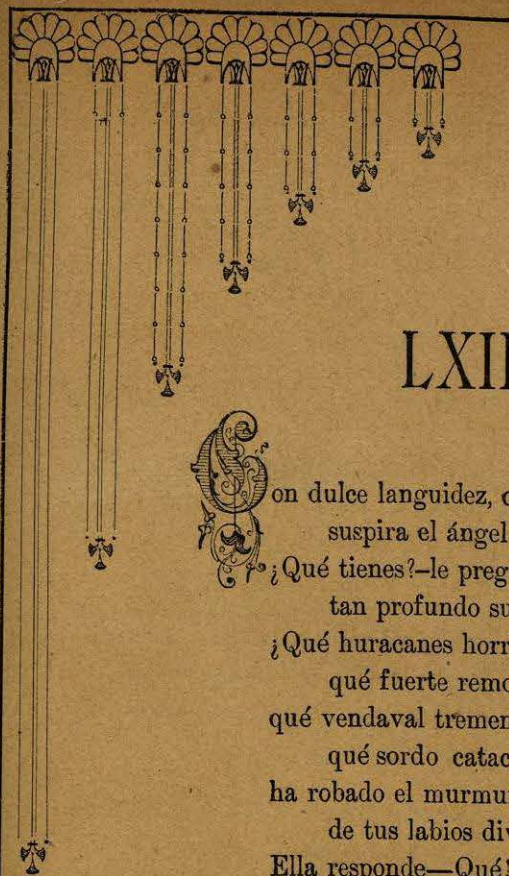
Termina la gira; por fin . . . el asilo:
allí descansando con aire tranquilo
y en grupos diversos miré la reunión.
En tanto á la niña diciéndole aparte:
iremos al carmen, yo tengo que hablarte,
dejamos aquella filial comunión.

Pisamos de Cloris la virgen alfombra.
¡Quietud y tinieblas! ¡Cobija la sombra
no sé qué misterios en ese verjel. . . .!
El rey de las almas afina su encono,
el banco de bloques teniendo por trono,
la glauca morera por glauco dosel. . . .

—Escúchame, niña—le digo. Te asombra
tu sueño glorioso. . . .? Si mata la sombra
de tu alma y de mi alma la fe celestial,
maldita la gloria, redúzcase á trizas,
que surquen los aires, así. . . . cual cenizas,
las alas tangibles de un sueño inmortal.

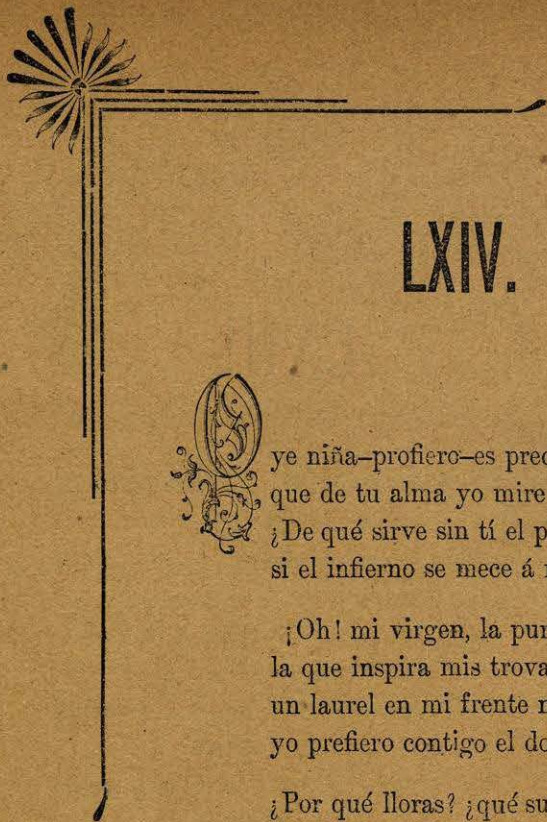


¡Jamás!—me responde—Si todo se trunca,
si todo se pierde, tus himnos ¡oh nunca!
Se arroja en mis brazos con ciega pasión.
Y luego . . . quién sabe: locura, delirio.....
y luego . . . pensamos que cerca de Sirio,
que cerca de Venus no brilla Proción.



LXIII.

Con dulce languidez, con desaliento
suspira el ángel mío.
¿Qué tienes?—le pregunto— Por qué viertes
tan profundo suspiro . . . ?
¿Qué huracanes horribles y furiosos,
qué fuerte remolino,
qué vendaval tremendo, indescriptible,
qué sordo cataclismo
ha robado el murmurio dulce y grato
de tus labios divinos . . . ?
Ella responde—Qué! ¿tú no lo sabes . . . ?
De la gloria en los himnos
dejé de mi alma púber los concertos,
me quedan los gemidos.
Pronto los labios de la casta virgen
se juntan con los míos;
pero el beso no vibra, no hay murmurio,
contacto mudo y ríspido
más remeda el contacto doloroso
del puñal asesino.
Quiero apartarme, huir, pero la virgen
me dice—dueño mío,
el rumor de mis besos, ya los tienes
de la gloria en los himnos.



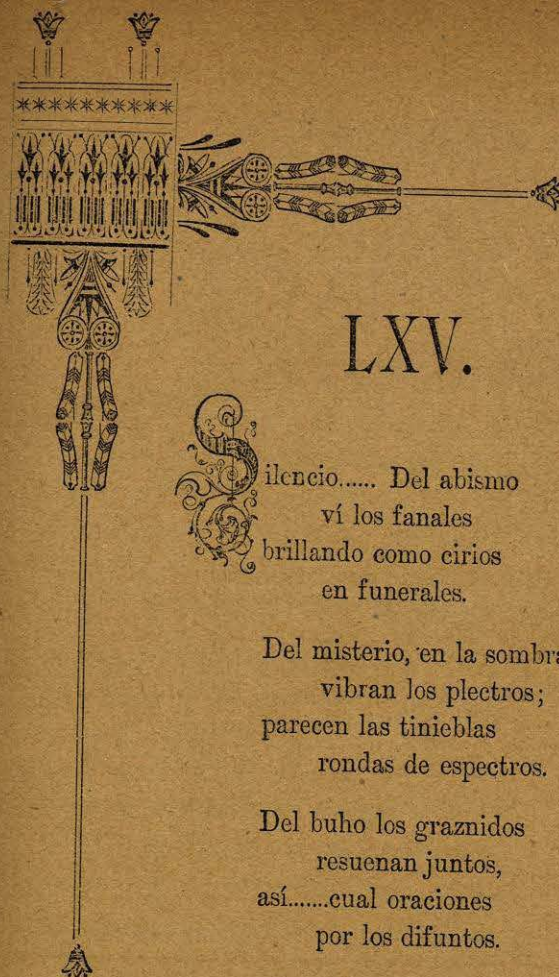
LXIV.

Sye niña—profiere—es preciso
que de tu alma yo mire al través.
¿De qué sirve sin tí el paraíso
si el infierno se mece á mis piés?

¡Oh! mi virgen, la pura, la casta,
la que inspira mis trovas de amor,
un laurel en mi frente no basta;
yo prefiero contigo el dolor.

¿Por qué lloras? ¿qué sufres?...; Prevente!
Si no puedes conmigo vivir,
cuando ponga un laurel en tu frente
á tus plantas yo juro morir.

Rompe ya del misterio la calma.
¿Nos aparta un abismo sin Dios...?
Pues que mi alma se junte con tu alma
y al abismo que rueden las dos.



LXV.

Silencio..... Del abismo
ví los fanales
brillando como cirios
en funerales.

Del misterio, en la sombra,
vibran los plectros;
parecen las tinieblas
rondas de espectros.

Del buho los graznidos
resuenan juntos,
así.....cual oraciones
por los difuntos.

¿Qué horrible! ¿cuán siniestra
suena la hora
cuando el alma del hombre
huérfana llora!

